

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

19/2016

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Boadas, Sònia, *Locuras de Europa. Diego de Saavedra Fajardo y la Guerra de los
Treinta Años*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2016

(Jesús M. Usunáriz)

pp. 558-562



Universidad
de Navarra

Boadas, Sònia, *Locuras de Europa. Diego de Saavedra Fajardo y la Guerra de los Treinta Años*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2016, 205p. ISBN: 978-84-8489-944-0 (Iberoamericana), 978-3-95487-479-8 (Vervuert). 28€

Prólogo de Alberto Blecuá. I. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO: NUEVOS DATOS PARA UN PERFIL BIOGRÁFICO Y BIBLIOGRÁFICO. II. LA GÉNESIS DE LA OBRA. 1. El conflicto en verano de 1645: *Locuras de Europa*. 2. Las fuentes. 3. El proceso de redacción. III. *LOCURAS DE EUROPA*: DISECCIÓN LITERARIA DE UN DIÁLOGO LUCIANESCO. 1. Los personajes y su localización. 2. Organización temática. 3. El diálogo como género literario. IV. LA TRANSMISIÓN TEXTUAL. 1. Descripción de testimonios. 2. Filiación. 3. La difusión por Europa. BIBLIOGRAFÍA. EDICIÓN CRÍTICA DE *LOCURAS DE EUROPA*. Aparato de variantes. Apéndice. Documentos relativos a Diego de Saavedra Fajardo. Índice onomástico.

La Guerra de los Treinta Años (1618-1648) es un hito en la historia de Europa. En ella, además de las sangrientas luchas, cruentas degollinas y escaramuzas sin fin, además de las maniobras políticas o de las inacabables negociaciones diplomáticas que marcarían el futuro del continente, hubo también una confrontación en la que fueron protagonistas las apasionadas plumas de numerosos escritores, paralela a la que tenía lugar en los campos de batalla. En ella no fue baladí la participación de escritores españoles de primera línea: Quevedo, Calderón, Céspedes y Meneses o Pellicer, entre otros muchos, a pesar de que España parece haber quedado al margen de la reflexión sobre el conflicto, como si se nos hubiera olvidado el que fuera una de sus protagonistas. Es en medio de los debates y de los enfrentamientos dialécticos en donde se enmarca *Locuras de Europa*, obra del insigne diplomático y escritor murciano Diego de Saavedra Fajardo, de la cual la Dra. Sònia Boadas ha realizado una magnífica —y necesaria— edición, resultado de su tesis doctoral defendida en la Universitat de Girona.

En su condensada biografía del escritor murciano (1584-1648) (capítulo I), Boadas repasa su labor como diplomático de la monarquía española, iniciada en Roma en 1608, ciudad en donde desempeñó diferentes cargos hasta 1629. En 1630 volvió a España, donde fue nombrado secretario por Felipe IV. Allí comenzó a redactar sus primeros trabajos de tratadística política. Volvió a Italia y en 1633 se le ordenó partir a Alemania, a la corte de Baviera, para negociar el acercamiento entre el duque Maximiliano y el rey de Hungría, Fernando. En 1635, tras la declaración de guerra de Luis XIII, Saavedra sería uno de los intelectuales que puso su cálcamo al servicio de los argumentos de la monarquía hispánica y de los Habsburgo frente a las pretensiones francesas. En los años siguientes fue enviado a Mantua, al Franco Condado (en donde estrechó su amistad con Antoine Brun), a la Confederación Helvética, de nuevo a Baviera (en Múnich, en

RECENSIONES

1640, saldría la primera edición de sus *Empresas políticas*), a Milán y, tras una breve estancia de meses en Madrid (1643), fue nombrado plenipotenciario para participar en las negociaciones de paz del Congreso de Münster.

Sobre su estancia en Münster (hasta la primavera de 1646), la autora realiza un rápido resumen de las actividades desarrolladas por Saavedra: publicación de libelos, preparación de obras como la *Corona Gótica*, oposición a la llegada a la ciudad westfaliana de las delegaciones de los rebeldes portugueses y catalanes, las dificultades de las negociaciones, las tensiones e incluso la desconfianza hacia el diplomático murciano, desde la corte de Madrid y también del que fuera nombrado cabeza de la delegación española en Münster, el conde de Peñaranda. A su regreso a la península, en el verano de 1646, llegó a ocupar el cargo de conductor de embajadores y de miembro del Consejo de Indias, hasta su deceso, dos años más tarde.

Una de las aportaciones más interesantes del estudio crítico de esta obra es el examen que hace de su génesis (capítulo II), en donde se revela claramente la actividad polemista de Saavedra. Entre 1645 y 1646, se repitieron varias derrotas de los ejércitos imperiales, los españoles perdían plazas en los Países Bajos a manos de franceses y holandeses, y en el Norte se firmaba la paz de Brömsebro, que convertía a Suecia en la principal potencia del Báltico. Las derrotas españolas perjudicaron notablemente las aspiraciones de la monarquía durante las negociaciones de Münster, en un clima que alimentaba el rechazo y el recelo hacia la política española. De esta forma, *Locuras de Europa* nació como respuesta a diversos libelos aparecidos a mediados de la década de los cuarenta, que querían favorecer la política de acercamiento entre Francia y las Provincias Unidas frente a España. Tales escritos fueron cuatro, bien resumidos y analizados en el capítulo. En *Locuras* Saavedra replicó a sus autores para defender los argumentos de la monarquía a la que representaba: Francia quería aprovechar su acercamiento a las Provincias Unidas para hacerse con el control del puerto de Dunkerque y extender su hegemonía; Francia pretendía hacerse con el control de los Países Bajos españoles y evitar su posible unión con las Provincias Unidas. Además de estos libelos, Saavedra hizo uso de un conjunto de fuentes histórico-literarias a las que quiso argüir para, por ejemplo, minimizar los argumentos favorables a una Cataluña francesa (algo que para el murciano era impensable, por la profunda animadversión de los catalanes hacia los franceses), incluso alterando su contenido.

En definitiva, «la característica común que aúna todas las fuentes citadas en *Locuras de Europa*, tanto panfletos como publicistas y autoridades historiográficas, es su origen francés» (p. 60). Con ello Saavedra pretendía, como apunta la responsable de esta edición, «exponer las verdaderas intenciones de los franceses a través de lo que ellos mismos manifestaban en sus libelos o recordando episodios de su historiografía reciente que demostraban su incansable voluntad expansiva» y especialmente la conquista de las Provincias Unidas (p. 60), argu-

mento este que sería repetidamente utilizado por la diplomacia española en las décadas posteriores para conseguir una alianza con la república y hacer frente a Francia, como finalmente logró en 1673.

Muy atractiva resulta también la descripción del proceso de redacción de esta «obra singular», pues gracias al propio autor se puede «fechar paso a paso el proceso de composición» (p. 61). Entre agosto y septiembre de 1645, escribiría hasta cuatro versiones diferentes, tras consultar el parecer del marqués de Castel Rodrigo, gobernador de los Países Bajos, y el del citado conde de Peñaranda. Se planteó, incluso, la posibilidad de traducir el texto a varios idiomas (francés, flamenco, alemán), tanto para lograr una mayor difusión como para difuminar el origen español de su autor. No obstante, el manuscrito no llegaría a publicarse por las reticencias del marqués de Castel-Rodrigo y por la necesidad de que el libelo contara con una aprobación de Madrid, que nunca llegó.

En el capítulo III la editora aborda, en primer lugar, la elección de los personajes del diálogo: Mercurio y Luciano. Mercurio no solo representa, según Boadas, al mensajero de Júpiter, sino que se convierte en el texto de Saavedra en «símbolo de la elocuencia, del poder de la palabra y de la agudeza del ingenio, armas todas ellas que debían emplearse contra las discordias que sacudían el mundo». De alguna manera, Mercurio encarnaría el «*alter ego* del autor», para expresar «sus ideales de concordia ecuménica» (p. 70). El segundo personaje, Luciano, enlaza con el cínico escritor Luciano de Samosata, uno de los principales cultivadores de este género literario, de gran influencia en Europa. Aunque este ocupe en sus líneas un lugar secundario, aportará, sin embargo, el tono humorístico ante un Mercurio que enumera y detalla los males que sufría la convulsa Europa en los últimos años de la guerra. El texto pretendía aparentar imparcialidad, en la línea de moderación, cuando no de disimulo, ya apuntada, a fin de no mostrarse excesivamente pro-Habsburgo, sin abandonar su defensa de España y de sus presupuestos políticos frente a Francia.

Al centrarse en la localización imaginaria en el que se desarrolla el diálogo, Boadas asume que Saavedra plasma el esquema de las dos esferas descritas por Ptolomeo (el mundo terrestre, sujeto al cambio, a la muda, y el mundo astral, imperecedero y eterno), a pesar de las novedades introducidas por Copérnico y Galileo. Sin embargo, Saavedra no deja de mostrar cierto escepticismo: asume el envejecimiento de los imperios y de los mismos cielos, en lo que según elucubración, a mi parecer, excesivamente subjetiva de la autora, figuraría «un reconocimiento de la incertidumbre de Saavedra, resultado de la confrontación entre la cada vez más decadente ortodoxia cristiana y los avances del empirismo en el campo de la ciencia y de la astronomía» (pp. 76-77).

En *Locuras* Saavedra «analiza la situación europea de mediados de los años cuarenta del siglo XVII» (p. 77). Un continente sumido en un mar de calamidades, que el diplomático achaca, principalmente, a la irresponsabilidad de las monarquías francesa y sueca. Así, a lo largo del diálogo, Saavedra menciona-

RECENSIONES

rá temas clave de la Europa del momento desde su particular punto de vista como diplomático español: el peligro que vivía Polonia por la amenaza de sus vecinos, especialmente Suecia —una Suecia manejada por una sagaz Francia—; la política holandesa (núcleo central de la obra) con intención de prevenir a la república de los malévolos propósitos franceses; o Inglaterra, paralizada por sus guerras civiles. No olvida tampoco la situación de la Península Ibérica y el problema secesionista de Cataluña y Portugal: advierte a Portugal contra Holanda (que se afanaba en medrar en Brasil y en las Indias orientales) y contra Francia (que solo pretendían minar la hegemonía española); niega a Cataluña los pretendidos vínculos históricos con Francia, apuntados por algunos escritores galos y catalanes, y augura y promete la benignidad de Felipe IV con sus vasallos rebeldes. Reflexiona, además, sobre la debilidad política francesa tras Richelieu, sobre la situación de Italia, especialmente criticando a los duques de Saboya como agentes de desestabilización, y sobre el peligro que corrían los cantones suizos por la avidez francesa.

¿Por qué Saavedra eligió el diálogo como género? Según Boadas, no solo por estar en boga entre los humanistas desde principios del Quinientos, sino porque «también pone de manifiesto la validez del diálogo en pleno siglo XVII, por lo que se refiere al tratamiento de los temas políticos» (p. 82). En el estudio, recoge la tesis tradicional por la cual se señalaba el ascendiente del *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés en la redacción de *Locuras*: paralelismos como su finalidad política en defensa del rey de España, su alegato diplomático (ambos autores participaron como emisarios reales), o en el contenido (orígenes mitológicos de los personajes, estructura) (pp. 84-85). La autora, sin embargo, se pregunta si la fuente para la obra de Saavedra no sería el mismo Luciano de Samosata que da nombre al personaje. Boadas demuestra las semejanzas estructurales y temáticas con el *Caronte y los contempladores* de escritor del siglo II d. C., convertido así en el paradigma del «diálogo», en donde no faltó la influencia del humanista de moda, Justo Lipsio abogado del «estilo lacónico» lucianesco (p. 90) Así, duda de que Saavedra conociera el texto de Valdés, hasta el punto de que la obra de este «acaba siendo prescindible para la redacción de *Locuras de Europa*» (p. 88). Otras influencias probables —«entramado de fuentes literarias» (p.89)—, pero más secundarias, serían Giovanni Pontano (*Caronte*), Erasmo (*Elogio de la locura*), sin olvidar a Juan Luis Vives, especialmente su discurso de 1526, *Sobre las distensiones de Europa y la guerra contra los turcos*.

El capítulo que cierra el estudio se ocupa de la «harto dilatada» transmisión textual de *Locuras*: catorce manuscritos y dos impresos en castellano, tres manuscritos en italiano y un impreso en alemán. *Locuras*, se transmitiría durante más de cien años de forma manuscrita, siendo el texto conservado en la *British Library* de Londres, «el mejor testimonio de la tradición». De especial interés es el examen de su difusión literaria por Europa, especialmente entre los que formaron parte de las delegaciones diplomáticas de Münster, en la corte de Ma-

RECENSIONES

drid y en Italia. Su difusión en Italia la atribuye la editora a «la pérdida de control político español en la zona» a costa de una creciente influencia francesa, razón por la cual las traducciones de *Locuras*, pretendieron advertir, una vez más, del peligro del ambicioso avance francés.

Habría que esperar hasta 1748 para que *Locuras* se imprimiera por primera vez en español y también en su traducción al alemán, en Leipzig. Las razones para esta publicación, un siglo después, obedecerían tanto a las difundidas alabanzas de Gregorio Mayans de las obras de Saavedra, como a la situación en la Alemania de mediados del XVIII, «muy parecida a la que a mediados del siglo XVII originó la redacción de la obra» (p. 117); esto es, la ambición territorial de Francia, y el inicio de la guerra de sucesión austríaca tras la muerte del emperador Carlos VI y la llegada al trono de María Teresa con la oposición de varios candidatos, lo que sirvió para alimentar las ambiciones de la Prusia de Federico el Grande, con el apoyo de los Borbones de Francia y de España. En este sentido *Locuras* sirvió para atacar las políticas expansionistas y defender la paz en el continente, como cien años antes.

Podríamos achacar a esta edición algunas erratas (insignificantes en su conjunto); debemos echar en falta en su bibliografía —por otra parte muy completa y actualizada—, la referencia a la publicación de la correspondencia diplomática realizada por Quintín Aldea Vaquero —que sí aparece en la bibliografía de su tesis doctoral y que, inexplicablemente, aquí no incluye—, o las referencias a las aportaciones que los historiadores modernistas españoles han hecho en los últimos años. Pero esta crítica pasa a un lugar secundario cuando el lector tiene en sus manos la edición de una obra en donde su responsable destila una inteligente erudición, donde aborda, anota e interpreta un texto que, por su factura y por su contenido, hace de él un utilísimo instrumento para los especialistas en el siglo XVII que deseen conocer mejor las polémicas políticas que peregrinaban por una Europa conmocionada.

Sònia Boadas es investigadora en la Universitat Autònoma de Barcelona y Doctora por la Universitat de Girona. Sus líneas de investigación se han centrado en la prosa política y en los ambientes intelectuales del siglo XVII, y particularmente en la obra de Diego de Saavedra Fajardo. El descubrimiento de documentos oficiales y correspondencia inédita de este escritor y diplomático, le permitió publicar el volumen *Dos epistolarios inéditos de Diego de Saavedra: un diplomático en el Franco Condado y en Münster* (Besançon, 2015). Como miembro del grupo de investigación *Prolope* ha publicado varios estudios sobre la obra dramática de Lope de Vega y ha sido editora de varias de sus comedias.

Jesús M. Usunáriz
Universidad de Navarra